



silla D. Miguel Legaria. La iglesia de Toledo gobernaba todavía el arzobispo D. Gonzalo, varón de grande autoridad, y que podía mucho con los reyes: acompañó al rey D. Sancho, que iba á los confines de Francia, ca quedó concertado por medio de la embajada de que se hizo mencion, que los dos reyes de Castilla y Francia se juntasen en Bayona para se hablar, y tratar allí en presencia de todas sus haciendas, y concordar sus diferencias. Nunca los reyes se vieron, no se sabe qué fué la causa desto: puédesse sospechar que nacieron como es ordinario algunas sospechas de una parte y otra, ó por otros respetos y puntos. Así se detuvieron el rey D. Sancho en San Sebastian, y el rey de Francia en Montemarsano. Hóbose de tratar del concierto por terceros: por parte del rey D. Sancho, D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, fué á Bayona, y por parte del rey de Francia el duque de Borgoña. Trataron de hacer las amistades con grande ahinco de entrambas partes. Los franceses no venian en ningun acuerdo de concordia, si el rey D. Sancho no repudiaba la reina, pues de derecho, por razon del parentesco no podia estar casado con ella, y se casaba con una de dos hermanas del rey de Francia, es á saber, Margarita, que despues casó con Eduardo, rey de Ingalaterra, ó con Blanca, que vino á casar con el duque de Austria.

D. Sancho sintió esto gravemente. Parecía-le cosa pesada dejar una mujer tan esclarecida, y en quien tenía un hijo y una hija: así, llamados los terceros, sin concluir cosa alguna tomó el camino para Vitoria, do se quedára la reina. Lo que resultó fué enojarse malamente con el abad de Valladolid, por saber que muy fuera de tiempo y sazón movió plática deste nuevo casamiento que dió ocasion á los franceses para hacer en ello instancia. Revolvía en su pensamiento cómo podria satisfacerse de aquel enojo. Comunicólo con la reina, que destas nuevas estaba con grandísimo pesar. Parecióles muy á propósito pedille cuenta de las rentas reales que estuvieron á su cargo, y achacalle algun crimen de no las haber administrado bien: encomendaron á D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, que tomase estas cuentas. El rey D. Sancho, ó por cumplir algun voto que

hobiese hecho, ó por su devocion, se fué á Santiago de Galicia: en el camino en el monasterio de Sahagun halló que los huesos del rey D. Alonso el VI y de doña Isabel y doña Maria sus mujeres estaban enterrados pobremente; procuró se pasasen á mejor lugar con sus túmulos y en ellos sus letreros.

Vuelto á Valladolid, honró á D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, á quien él tenía grande obligacion, y por quien principalmente tenía el reino: hizole mayordomo de la casa real y su alfez mayor. Dióle asimismo en tenencia muchos castillos y muy fuertes en todo el reino; y ultra desto á primero de Enero le engrandeció con título y honra de conde: para que esta merced fuese más señalada, le dió privilegio y cédula real en que declaraba ser su voluntad que todas estas honras, privilegios y prerogativas las heredase D. Diego Lope de Haro, su hijo, muerto que fuese el padre. Al hermano de D. Lope de Haro, que se llamaba D. Diego de Haro, le hizo capitán de la frontera contra los moros. De aquí vino á crecer grandemente la autoridad y poder de aquella familia en estado y renta. En particular comenzó D. Lope de Haro á tener mucha privanza y favor con el rey, y atropellar á quien á él se le antojaba, de que muchos se quejaban y murmuraban movidos algunos de buen celo, otros de envidia que pudiese más uno solo que toda la demas nobleza, y claramente decian que los tenía oprimidos como si propiamente fueran esclavos; que D. Lope de Haro era el que reinaba en nombre de D. Sancho. En especial llevaban mal esto los gallegos y los de Leon, y acusaban á D. Lope de Haro entre otras cosas que siendo muy áspero y severo con los demas, solamente favorecia y daba todos los provechos y honras á sus parientes y amigos.

No dura mucho el poder de los privados cuando no se templan y humanan. Andaba D. Lope muy ufano porque demas de lo dicho emparentó con la casa real por medio de su hija doña Maria, que casó con el infante don Juan. Al mismo rey pretendia apartar de su mujer por casalle con Guillelma su prima, hija que era de Gaston, vizconde de Bearne. Para salir con esto no cesaba de poner mala voz en



el casamiento primero y acusalle. Llevaba el rey muy mal estas prácticas, mayormente que á la misma sazón le nació otro infante de la reina, por nombre D. Alonso. Deseaba descomponer á D. Lope, pero la revuelta de temporales tan turbios no daban para ello lugar: ni áun se atrevia á declararse y dar muestra de su enojo y desabrimiento, ántes le traia en su compañía en el mismo lugar de autoridad que ántes, y visitado que hobo el reino de Toledo, se partió para Astorga, y en su compañía D. Lope. La voz era para hallarse á la misa nueva de D. Merino, obispo de aquella ciudad, y honralle con su presencia, por ser de nobilísimo linaje y deudo del rey de Francia. Su intento principal era apaciguar á los gallegos, que andaban alborotados, y reprimir las entradas y correrías de portugueses, que hacian por aquellas comarcas el infante D. Alonso, hermano del rey de Portugal, y en su compañía D. Alvar Nuñez de Lara, hijo de D. Juan de Lara, como hombre feroz que era y desasosegado, y acostumbrado á vivir de rapiña.

Eran á propósito para esto los pueblos de Portalegre y de Ronca, que D. Alonso poseia en las fronteras de Portugal y á la raya de Castilla. El cuidado de sosegar los gallegos encargó á D. Lope de Haro: sobre lo de Portugal se comunicó con aquel rey, con que juntadas sus fuerzas y hecha liga, se puso sobre la villa de Ronca: talaron los campos, pusieron fuego á las alquerías y edificios que estaban fuera del pueblo, movidos deste daño los de dentro, y por miedo de mayor mal se rindieron. Halláronse presentes en aquel cerco los dos reyes: D. Dionisio el de Portugal aconsejó á D. Sancho que si queria ver su reino sosegado, procurase abatir á D. Lope de Haro, y para este efecto recibiese en su gracia y autorizase á don Alvar Nuñez de Lara, porque á causa de las grandes riquezas y poder de aquel linaje igual á su nobleza, era á propósito para contraponelle y amansar el orgullo de aquel personaje. Hizolo así: D. Lope, que bien entendia dónde iban encaminadas estas mañas y cautelas, como hombre altivo y que no podia sufrir igual, resentido desta injuria, buscó ocasion para recogerse á Navarra. Dió á entender que iba á vi-

sitar á Gaston, vizconde de Bearne, como quier que á la verdad se tenía por agraviado del rey que con aquel desvío y mal tratamiento desdorbaba las mercedes pasadas. La privanza y poder acerca de los reyes nunca es segura, mayormente cuando es demasiada. Con su ida los navarros, á quien no faltaba voluntad de hacer guerra á Castilla por los desabrimientos pasados, y por lo que pretendian que de aquel reino les tenían malamente usurpado, tomaron las armas. Era virey en aquella sazón de Navarra Clemente Luneo, frances de nacion. Muchas veces salieron los navarros á correr las fronteras, así de Castilla como de Aragon, sin suceder cosa alguna memorable, salvo que tomaron á los aragoneses la villa de Salvatierra, y pusieron en ella guarnicion de soldados navarros.

Con más próspera fortuna hacian los aragoneses la guerra en Italia. Rugier Lauria, bravo caudillo, y señalado por las victorias pasadas, acometió de improviso la armada de los enemigos, que tenían muy poderosa por el gran número de bajeles, junto á Nápoles. Fué muy reñida y sangrienta la batalla que se dió á diez y seis dias del mes de Junio. La victoria quedó por los aragoneses: tomaron cuarenta y dos bajeles, los cautivos fueron cinco mil, y entre ellos muchos por su linaje y hazañas muy señalados. Los más dellos se rescataron por dinero, sólo á Guido de Monforte ni por ruegos ni por algun rescate quisieron dar libertad: esto por dar contento á los reyes de Aragon y de Inglaterra sus enemigos capitales, á causa que este caballero era biznieto de Simon, conde de Monforte, aquel que como arriba se dijo venció en batalla y mató á D. Pedro, rey de Aragon, en la guerra de Tolosa.

El nieto deste Simon, llamado asimismo Simon, prendió al emperador Ricardo (que fué elegido en competencia de D. Alonso el Sabio, y era hermano del rey Enrique de Inglaterra) los años pasados en la batalla de Leuvis, que hobo entre los franceses y ingleses, do estuvo un monasterio famoso de San Pancracio. Este Guido, en venganza de su padre Simon, que poco despues fué por los ingleses muerto en otra batalla que se dió cerca de Vigornia en Ingalaterra, al tiempo que Eduardo, rey de In-





galaterra, volvía de la guerra de la Tierra Santa, mató con grande impiedad y crueldad á Enrique, hijo del emperador Ricardo en Viterbo, en la iglesia mayor donde oía misa. Esto hecho, con las armas se hizo camino para huir, y se fué á valer á su suegro el conde del Anguilara, llamado Rubro. Comunmente cargaban á Carlos, rey que era á la sazón de Nápoles y Sicilia, de que no vengó esta muerte como vicario que era en aquel tiempo del imperio, y como tal tenía puesto al dicho Guido en el gobierno de Toscana. Los historiadores ingleses y franceses afirman que Guido despues que fué preso en la batalla naval susodicha, fué entregado en poder del rey de Inglaterra. Un historiador siciliano de aquel tiempo porfia que falleció en Sicilia de una enfermedad, de que sólo á juicio de los médicos le pudiera sanar la comunicacion con mujer, y que él no quiso venir en ello por no hacer injuria al matrimonio y por no sujetarse á la deshonestidad; que si fué así, es tanto más de loar este caballero que su mujer Margarita despues que dél enviudó, se dice hizo poco caso de lo que debiera y vivió con poco recato. Dejó este caballero una hija llamada Anastasia, que casó con Romano Ursino, pariente cercano del papa Nicolao III y conde de Nola. La nobilísima sucesion que procedió deste casamiento, se continuó en aquella casa y estado hasta nuestros tiempos, cuando últimamente faltó, y la ciudad de Nola volvió á la corona real.

Sosegados estaban los aragoneses y muy pujantes en fuerzas, riquezas y gloria por sus hazañas grandes y memorables; solamente en la costa de Cataluña inquietaba á los naturales con sus armas D. Jaime, rey de Mallorca, bien que no hizo cosa alguna digna de memoria. El nombre del rey D. Alonso de Aragon era célebre. Tenía en su mano puesta la paz y la guerra á causa de los grandes príncipes que tenía en su poder detenidos: los hermanos Cerdas en el castillo de Morela, el príncipe de Salerno en el de Siurana, ambos muy fuertes y con buena guarda. Cansados, pues, estos príncipes de tan larga prision, y movidos por miedo de mayor mal se inclinaban á la paz con las condiciones que él quisiese; tenían grandes reyes por interceso-

res, muchas embajadas de Francia y de Castilla venían al rey de Aragon sobre el caso; la autoridad de Eduardo, rey de Inglaterra, que se interpuso con los demas por medianero, era de más peso y eficacia á causa que el aragones pretendía tomalle por suegro y casarse con su hija Leonor. Acordaron, pues, estos reyes de verse y hablarse en la ciudad de Oloron, que se llamó antiguamente Lugduno, y está en los confines de Francia en los pueblos llamados Coquenos: hoy está en el principado de Bearne á las faldas de los montes Pirineos; el emperador Antonino la llamó Illuro.

En aquella junta y habla, por grande instancia del rey de Inglaterra, se alcanzó que dentro de un año, Carlos, príncipe de Salerno, fuese puesto en libertad con estas condiciones: que el reino de Sicilia quedase por D. Jaime, que el preso alcanzase del papa consentimiento para esto, junto con alzar las censuras puestas contra los aragoneses; ítem que pagase treinta mil marcos de plata; últimamente, que Carlos de Valoes se apartase de la pretension que tenía al reino de Aragon que le adjudicára el pontífice Martino; que dentro de tres años, si todo esto no se cumplía, fuese aquel príncipe obligado á tornarse á la prision, y sin embargo diese en rehenes á sus tres hijos Roberto, Carlos y Luis, ultra desto sesenta caballeros de los más nobles de la Proenza. Graves condiciones eran éstas; pero como al vencedor eran estos ciertos provechosos, así á los vencidos era forzoso aceptallos de cualquiera manera que fuesen, que una vez puestos en libertad confiaban no les faltaria ocasion de mejorar su partido. Carlos, príncipe de Salerno, puesto que fué (segun lo asentado) en libertad el año del Señor de mil doscientos ochenta y ocho, desde Aragon pasó á Francia, desde allí á Toscana: apaciguados ende los alborotos de los gibelinos, en Roma finalmente le declaró por rey de Pulla y de Sicilia el papa Nicolao IV, el que al principio de este año sucedió en lugar de Honorio. Púsole la corona real en su cabeza con todas las demas insignias y vestiduras reales. Pretendía el pontífice no ser válido el concierto pasado, como hecho sin su licencia, de un reino que de tiempo antiguo era feudatario de la Iglesia ro-



mana. Esto alteró grandemente el ánimo del rey de Aragon, tanto más que entendía y le avisaban que el rey D. Sancho quería dejar su amistad y avenirse con el rey de Francia, á persuasion del sumo pontífice, parecer que aprobaban la reina y D. Gonzalo, arzobispo de Toledo, aunque muchos grandes juzgaban debía ser preferida la amistad del rey de Aragon, así por la vecindad de los reinos, como por tener en su poder los hermanos Cerdas.

Destos principios se alteraron algunos, y por la muerte de D. Lope de Haro, como luégo se contará, sus parientes y amigos se pasaron á Aragon, y fueron causa de nuevas y largas guerras: pretendían y procuraban satisfacerse de sus particulares disgustos con las discordias y males comunes. El rey D. Sancho, por el mismo caso se vió puesto en necesidad de darse prisa á hacer la confederacion con el rey de Francia. Enviaron los dos reyes sus embajadores á Leon de Francia, do los esperaba el cardenal Juan Cauleto, enviado por legado del sumo pontífice para este efecto. Por el rey de Francia vinieron Mornay y Lamberto, caballeros principales de su córte; el rey D. Sancho envió á D. Merino, obispo de Astorga. El concierto se hizo desta manera: el rey D. Sancho prometía de dar á D. Alonso de la Cerda el reino de Murcia, á tal que no se intitulase en ninguna manera rey de Castilla, y el reino de Murcia le tuviese como moviente y feudatario de Castilla; que si D. Alonso muriese sin hijos sucediese D. Hernando, su hermano menor; el de Castilla enviase mil caballos en ayuda al rey de Francia, que quería mover guerra á Aragon; y si fuese necesario, diese paso y entrada segura por sus tierras al ejército frances; ítem que los hermanos Cerdas, luégo que alcanzasen libertad con el poder é industria de los dos reyes, se entregasen en poder del rey de Francia.

Este concierto dió mucho disgusto á doña Blanca, madre de los infantes, en tanto grado que dejado su hermano, se fué á Portugal. Como mujer varonil pretendía buscar nuevos socorros contra las fuerzas de Castilla, puesto que más fué el trabajo que en esto tomó, que el fruto que sacó. El rey Dionisio de Portugal, echados los moros de toda su tierra, gozaba de una

tranquila paz, ni le podían convencer á que le alterase en pro de otros y daño suyo. Que prudencia fuera ponerse en peligro cierto con esperanza incierta, y oscurecer la gloria ganada, y alterar la quietud y reposo de su reino con mover las armas fuera de tiempo. Tuvo este rey muy buenas partes, y en especial muy noble generacion de hijos é hijas. De doña Isabel, su mujer, tuvo ántes desto una hija llamada doña Isabel, y este año le nació otra que se llamó doña Constanza; de allí á dos años otro hijo, que se llamó D. Alonso, que fué heredero del reino. De mujeres solteras tuvo estos hijos: á D. Alonso de Albuquerque, de quien trae su descendencia una familia deste sobrenombre nobilísima en Portugal, y á D. Pedro, que fué dado á los estudios de las letras, como da testimonio un libro que compuso de los linajes y de la nobleza de España, y á D. Juan y á D. Fernando, y ultra destes dos hijas, que la una casó con D. Juan de la Cerda y la otra se metió monja.

Castilla, por lo que tocaba á los moros, sosegaba á causa de la amistad que tenían con el rey de Granada: con África poco ántes se asentaron treguas con Juzeph, rey de Marruecos. La guerra civil y doméstica tenía á todos puestos en mayor cuidado. Sucedió este daño por la muerte de D. Lope de Haro, que le dieron dentro de palacio y en presencia del mismo rey; si con razon ó sin ella, no se averigua bastantemente. Para que todo esto mejor se entienda, será bien relatar los principios por do se encaminó esta desgracia. Por muerte de D. Alvar Nuñez de Lara, que falleció poco despues que tornó en gracia del rey D. Sancho, D. Lope de Haro, su competidor, volvió á Castilla y á la córte con esperanza de recobrar la cabida y autoridad que ántes tenía, pues era muerto su contrario; pero la naturaleza, que no permite viva alguno sin competidor y sin contraste, en el mismo punto que murió, hizo que D. Juan, hermano del difunto, subiese al mismo grado de dignidad y al favor y gracia del príncipe que su hermano tuvo, con mucho gusto del pueblo y no ménos pesar y dolor de D. Lope de Haro. Quejábbase que con aquellas artes y mañas se le hacia notable agravio, y que todo